

BIALIK Y SU VERSION ABREVIADA DEL QUIJOTE ¹

La evocación del nombre de Bialik va generalmente asociado a una sola idea, la de poeta. Poeta polifacético, ciertamente: sionista, elegíaco, intimista o heroico, pero siempre en el marco de la poesía. Se olvida, sin embargo, una faceta muy importante de su personalidad literaria, la de prosista, y sería injusto no valorar sus ensayos, cuentos, traducciones y actividades publicísticas.

En todas sus obras en prosa, Hayyim Nahmán Bialik se manifiesta como un gran renovador del idioma hebreo, al que hace más dúctil, más popular, hasta tal punto que no necesitaría de sus producciones poéticas para ser considerado como una de las grandes lumbreras de la literatura judaica moderna.

Un aspecto interesante de sus actividades como prosista lo constituye la traducción de algunas obras al hebreo. Bialik nunca fue partidario de las versiones, como da a entender en una expresiva frase: "Leer a un autor a través de una traducción es como besar a una novia a través de un velo" ²; no obstante, él

¹ Para las presentes notas sirvió de base, esencialmente, la Memoria de Licenciatura del mismo título realizada por D. Juan Pérez Rodríguez, dirigida por el catedrático D. David Gonzalo Maeso. Granada, 1964.

² Mactas de Polak, Rebeca: *Jaim Najman Bialik: Poemas*, ed. Israel, Buenos Aires 1949, p. 23.

mismo se lanzó a realizarlas en varias ocasiones, y tradujo *El Quijote* de Cervantes (1912) *Guillermo Tell* (1920-21) de Schiller, y algunas escenas de *Julio César* de Shakespeare, con el propósito de dar a conocer entre la juventud de su pueblo algunas grandes obras de autores europeos, y de adaptar al idioma hebreo producciones de valores universales, como él mismo afirma en el prólogo del Quijote.

La versión de la obra cervantina, en un estilo bíblico puro, limpio, sencillo y expresivo³, fue realizada sobre una traducción rusa de la novela castellana, en 1912 y apareció en 1923, cuando Bialik se encontraba aún en Alemania, un año antes de su marcha a Palestina.

En el estudio del *Quijote* de Bialik podemos considerar tres aspectos fundamentales: Características de la versión, particularidades hebraicas de la misma, y análisis de los personajes principales.

1. Características de la versión

En cuanto a su forma externa, la obra de Bialik, *Miguel de Cervantes: Don Quijote, varón de la Mancha*,⁴ está estructurada en dos partes, como el original castellano, precedidas de un prólogo; la primera consta de veinticuatro capítulos, y la segunda de veintiuno. Esta división no se ajusta exactamente a la obra de Cervantes, ya que en ésta la primera parte contiene cincuenta y dos capítulos, y la segunda setenta y cuatro; además, los de Cervantes suelen ser de mayor extensión que los de esta traducción hebrea, la cual, a veces, desdobló los capítulos cervantinos o los recortó según sus fines. Por último, Bialik termina su versión con una lista de palabras extrañas, principalmente las que se refieren a la toponimia u onomástica españolas, de difícil identificación para los lectores hebreos a quienes se dedicaba.

³ Le valió ser nombrado miembro correspondiente de la Real Academia Española en 1932.

⁴ Bialik, H. N.: *Miguel de Cervantes, Don Quijote, varón de la Mancha*; Editorial Ha-Debir. Tel-Aviv, 1962-63, 9.^a edición.

Con toda claridad afirma Bialik que la traducción va dirigida a la juventud, y ello es el móvil que le induce a pulir muchas expresiones cervantinas, e incluso a suprimir todo lo que no considera necesario para seguir la trama de la obra, como son los incisos, la redundancia y la exuberancia del autor castellano, aunque, indudablemente, trabajó sobre una edición completa del original, no resumida, como podría pensarse a la vista de las numerosas omisiones. Las diferencias de su versión respecto de la novela cervantina son totalmente intencionadas.

Entre las notas más concretas que definen a esta versión podemos señalar las siguientes:

a) *Referentes a la omisión y adición de datos.* Toda omisión en el trabajo de Bialik es explicable, ya que se trata de un resumen de la obra original. Por el contrario, ¿cómo justificar las adiciones introducidas en el texto de la traducción? ¿Pretende acaso rectificar lo que no le satisface en la obra española? El traductor se permite una serie de libertades en este sentido muy difíciles de justificar, tratándose de una versión y no de una obra original; no es lógico, por otra parte, ya que el Quijote es mundialmente famoso, y, por tanto, con un texto bien fijado, sin posibles interpolaciones, como podría ocurrir en obras de las que existen códigos diversos o ejemplares y ediciones discordantes.

Parecería más lógica la hipótesis de que Bialik, valiéndose del tema e inspiración del Quijote cervantino, se hubiera propuesto dar un Quijote distinto, nuevo, a una interpretación rusa original. Tenemos el caso de tantos escritores que, partiendo de un mismo argumento, se ramifican en orientaciones dispares y enriquecen la literatura universal con creaciones que, a decir verdad, son obras nuevas, diferentes, y cada una de ellas ha sabido ofrecernos variados e interesantes matices.

Bialik, sin embargo, se conformó con traducir, comentar y reproducir la obra de Cervantes; ahora bien, una traducción ha de ser fiel al modelo, ha de esforzarse por lograr una proyección del texto que se vierte al nuevo idioma, lo que no quiere decir que la versión haya de ser servil e incomprensible por carecer de la suficiente habilidad para copiar las ideas y no las

palabras. De eso a hacer a un autor responsable de hechos o cosas que no dice, hay un abismo, y en este sentido es necesario objetar la labor de Bialik, por lo demás, digna de todo elogio.

b) *Onomástica*. Sistemáticamente, Bialik suprime todos o casi todos los nombres propios, bien sean de personajes, bien geográficos, títulos de obras literarias, nombres de regiones, reinos, provincias, ciudades, etc.

¿Qué explicación y qué móviles le indujeron a adoptar esta postura? Tal vez para no abrumar la memoria del lector hebreo, o acaso por estimar que la obra española estaba demasiado recargada de nombres, innecesarios para los fines que él se proponía. Ciertamente ninguna dificultad hubiera sido capaz de frenar a Bialik, ni la transliteración de esos nombres al hebreo, ni la exuberancia cervantina, ni la erudición de la novela castellana. El autor hebreo es inflexible consigo mismo, y todas las omisiones de nombres son estudiadas, para eludir todo lo que no sea esencial para la inteligencia de los dos héroes de su obra.

c) *La picaresca*. El traductor elimina asimismo intencionadamente toda palabra malsonante, obscena, ambigua, de doble sentido, etc., que suelen aparecer en la obra de Cervantes. También en este aspecto es valiente, inflexible, no vacila en suprimir lo que le estorba. Tal actitud se justifica ante el hecho de que su versión va dirigida exclusivamente a la juventud; ello forzaría a Bialik a la presentación de un Quijote limpio, sencillo, correcto, una versión, en fin, que se pudiera poner en manos de los jóvenes con toda garantía.

2. *Particularidades hebraicas en esta versión del Quijote.*

Bialik, como hemos deducido, “fuerza” el aspecto histórico de la obra española, la toma “demasiado en serio”. Las escenas sarcásticas, idealistas, dichas con un matiz irónico, son presentadas en la traducción encuadradas en marcos estricta-

mente históricos, con una seriedad y solemnidad que no encajan, en modo alguno, en el ambiente cervantino; para ello tiene que hacer una serie de tergiversaciones y adaptaciones del ambiente español al hebreo. De todo este sistema adaptativo se deriva una serie de matices, de detalles, que hacen la obra de Bialik una creación típicamente hebrea en sus distintos aspectos:

a) *Estilo*. Desde el principio hasta el final de la versión, Bialik se propone ceñir su léxico a un hebreo nítido, puro, hacer una exhibición del estilo de la Sagrada Escritura, no rebajar jamás la lengua de los profetas, sino hacerla más dúctil, más rica, más viva y cercana al pueblo, más apta para expresar la gama de ideas, expresiones y modismos. Su frase es corta, lapidaria, desnuda de ropaje externo; en Bialik todo es idea, todo es sólido, macizo. Detesta toda perífrasis literaria, los incisos, la acumulación de epítetos y calificativos cervantinos; huye siempre del exceso de palabras porque le sobran ideas; su frase es sencilla y, al mismo tiempo, de una penetración psicológica extraordinaria. En Cervantes, el adorno distrae, hace la frase ambigua; en Bialik, todo lo contrario, la sencillez jamás hace olvidar lo básico.

En cuanto a las poesías que aparecen insertas en el Quijote, el autor hebreo las traduce a maravilla. Bialik posee una inspiración poética incomparablemente mayor que Cervantes; de ahí que salga más airoso al traducir sus versos. Cuando D. Quijote, identificado por Valdovinos, habla por su boca y con los versos del caballero, el autor castellano lo expresa del siguiente modo, de notorio sabor bíblico:

“¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal.”

El escritor hebreo, al traducirlos, matiza mucho más:

“¿En dónde, pues, estáis, señora,
dueña de mi alma?
¿Es que tus entrañas no se apiadan de mí?
Ignoráis que estoy abatido,
o es mentira y falsedad vuestro amor de juventud”.

Bialik es más poeta que Cervantes, más concentrado, más lírico, y analiza mejor los sentimientos y las reacciones síquicas de los personajes. En los versos precedentes, llega más al alma, es más certero, vive la angustia y la soledad de D. Quijote; de ahí que sea más violento al pedir explicaciones a la amada ingrata, y que le reproche el amor ficticio o inexistente. Respetando la idea básica de la obra española, la expresa mejor, con más fuego y más vida, y si en la prosa queda por debajo del ingenio español, en poesía le supera con creces.

b) *Idiosincrasia hebraica*. Al enfrentarse con la obra de Cervantes, Bialik hace una abstracción desconcertante, inesperada, hasta el punto de prescindir, a veces, de la objetividad histórica de una obra esencialmente española. Nos presenta una versión en la que sus dos personajes principales, D. Quijote y Sancho, encarnan tipos hebreos; cualquiera que no conociera la novela original quedaría convencido de que ambos son dos judíos devotos.

Sancho jurará a D. Quijote serle fiel en el cumplimiento de sus órdenes en la misma medida que lo es en la observancia del *descanso sabático*. Naturalmente, en la obra española se habla del descanso dominical. No olvidemos que Bialik escribe para jóvenes —quizá para niños— hebreos, para gente sencilla, en el recinto cerrado del ghetto ruso, pero no parece que haya ninguna ventaja en trastocar esos términos, ya que, si los protagonistas son españoles, prototipos de nuestro suelo y de nuestra raza, nada más normal que, como cristianos, cumplan el precepto dominical.

Después de la batalla entre D. Quijote y el vizcaíno, nuestro hidalgo se enfurece al observar que su celada ha sido rota

por el tajo del vasco; D. Quijote jura tomar venganza y se apresta al gran juramento. Bialik, fiel a su plan, cambia la fórmula de éste, y le hace decir: "Por Dios, suprema deidad, creador de cielos y tierra, y por *su santa Torá*".

Huelga decir que Cervantes habla de los cuatro *Evangelios*, porque, ¿quién duda que el cristianismo admite el Evangelio como algo definitivo? Ciertamente la *Torá* también es admitida por los cristianos, pero es mucho menos popular entre la gente sencilla. ¿Por qué, pues, Bialik se empeña en "judaizar" a nuestros héroes? ¿Qué podía significar para D. Quijote el nombre de *Santa Torá*? Algo misterioso y confuso, sin duda. Probablemente ningún judío se hubiera escandalizado si Bialik dijera que, como caballero cristiano, D. Quijote juraba por los *Evangelios*.

Después de la victoria sobre el vizcaíno, Sancho tiembla de miedo, teme a la justicia —el vizcaíno estaba moribundo— y sugiere a su amo que se oculte en una iglesia para burlar la posible intervención de la "Santa Hermandad", con peligro de la cárcel, "porque si nos encierran —decía Sancho— sudaremos el hopo". Al traducir, Bialik, como de costumbre, prefiere una expresión más familiar y de mayor fuerza para el lector hebreo: "Estaremos en la cárcel hasta que *vuelva Elías*". El cambio es de menor importancia que los anteriormente citados, pero muy significativo. Elías, el gran profeta que había de volver al fin del mundo era un personaje muy conocido y familiar para cualquier israelita, pero, ¿le conocería Sancho? Probablemente no.

c) *Religiosidad e influencia de la Biblia*. La religiosidad es una nota inconfundible en toda la producción de Bialik. En esta traducción aparece a cada instante la sugerencia religiosa, más humana y comprensiva que la de Cervantes; su sentido religioso es muy profundo, sentido, vivido, algo que le define, y que se deja traslucir a cada momento y en cada una de las páginas del genial escritor.

Como es natural, en la religiosidad de Bialik ocupa un papel principalísimo la Sagrada Escritura. Aunque en la obra cer-

vantina se advierte una clara influencia de la Biblia,⁵ la versión del autor ruso le aventaja en ese terreno.

La versión de Bialik está hecha en puro estilo bíblico, ésa puede decirse que es una de sus características más destacadas. Como auténtico judío que es, el escritor domina la Biblia de un modo desconcertante, y tiene un paralelismo bíblico para cada escena cervantina, no sólo de un modo implícito, sino también en su forma externa, insertando frases, metáforas y expresiones copiadas literalmente de algún texto bíblico. En la mayoría de los casos, estas adaptaciones tomadas de los libros sagrados cambian el sentido histórico del original, y en muchas ocasiones no existe mucho parecido entre el aspecto, la idea, la sutileza de la obra española y lo que tan bellamente nos ofrece Bialik con ropaje de la Biblia.

Indudablemente las diferencias entre ambas obras no se deben a falta de habilidad por parte del traductor; cuando Bialik imita a Cervantes, adopta perfectamente el ritmo binario de epítetos tan propio del escritor castellano, y, de haberse-lo propuesto, habría podido ofrecernos un "doblaje" perfecto de la novela. Sin embargo, prefirió escribir en un estilo bíblico puro, gloria que no se le puede negar, porque su narración es sencilla, patriarcal, no pretende más que seguir la trama central, absteniéndose de los detalles superfluos.

Cuando la influencia bíblica se refleja solamente en expresiones, no se modifica esencialmente la narración. Mientras para Cervantes, Dulcinea era *derecha como un huso de Guadarrama*, Bialik, en el capítulo V de la primera parte, la describe *esbelta y grácil como los cipreses del Líbano*, y de sus ojos manaba *mirra y ámbar*, no *bermellón y azufre* como en la obra de Cervantes. Las poéticas alusiones del Cantar de los Cantares se aplican con frecuencia a la idealizada campesina: "Mi amada es toda hermosa y en ella no hay defecto alguno" (Cnt 4').

El libro de los Proverbios proporciona también a Bialik materia abundante para sus inserciones escriturísticas. En el capí-

⁵ Monroy, J. A.: *La Biblia en el Quijote*, ed. V. Suárez, Madrid 1963.

tulo VIII, ante las peticiones de Sancho y su preocupación por la insula, D. Quijote le aconseja: "Encomienda a Dios tu empresa y El hará lo que mejor le plazca". (Pr 16^o).

Aun en los más leves detalles, Bialik no puede desprenderse de su mentalidad y de su pasado, de algo que todo israelita respira como el aire, y que en la pluma del gran poeta sionista adquiere extraordinaria resonancia.

3. *Los personajes principales*

Como es normal en el escritor hebreo, en la descripción de las personas prescinde de lo externo, y, profundo y excelente conocedor del espíritu humano, observa sus reacciones psicológicas y la riqueza de sus almas.

La fisonomía de D. Quijote fue captada maravillosamente en la traducción con rasgos sencillos, y, a la vez, intensos: hombre de fe sólida e inquebrantable, con un mundo subjetivo de valor inmensamente superior al mundo externo, material e injusto, que él pretende reformar, y para lo cual Dios le manda a la tierra con misión de juez.

El caballero está enamorado de Dulcinea, la dueña de su corazón, a la que todos debieran conocer; ella es la razón de su existencia, la que alienta sus combates y hasta santifica sus acciones. Sin embargo, el diálogo entre su mundo, creación personal, y las realidades que le rodean, resulta un enigma sin solución. La fe tiene en el hidalgo manchego un poder mágico; nunca ha visto a Dulcinea, pero cree en ella, la supone la más hermosa de las mujeres, como la Sulamita del Cantar. Para él no hay dudas acerca de su amada, la sola sospecha sería un crimen. El mundo de fantasía en que vive D. Quijote crea los entes y los adorna, los reviste de aparente realidad, para, finalmente, proyectarlos a la vista de los demás. Por ello, cuando en el capítulo V los mercaderes, burlándose, le piden una foto de su amada, para conocerla y después ensalzarla como exigía el manchego, éste, indignado, les arguye que el mérito está en confesar sin verla, en no poner en tela de juicio su afirmación, pues si la viesen, si la conociesen personal-

mente, carecería de valor su rendimiento ante tanta belleza.

Cuando Cervantes describe a D. Quijote, y habla de sus armas, de su caballo, de su locura, le deja malparado. Bialik es más compasivo; se imagina que las armas de Quijada, después de muchos fotes, quedaron brillantes como el sol; al caballo Rocinante le prodiga cariñosamente sus epítetos más laudatorios, y establece entre Quijada y el dócil animal un ingenioso paralelismo: tanto el hidalgo como el caballo salen de la nada, y por un mismo sino, ambos tendrán un fin glorioso y conseguirán la inmortalidad de la fama.

Una cualidad sorprendente de D. Quijote es su docilidad, el dualismo constante en su carácter. Aquel hombre impetuoso que amenaza con su lanza, que soporta la arremetida de los arrieros sin inmutarse, minutos más tarde, hincado en tierra, suplica, implora y acata como un chiquillo los consejos del ventero. D. Quijote sabía de novelas de caballería mucho más que aquél; en sus prolongadas lecturas nada halló de lo que el otro le recriminaba, sin embargo, calla, consiente y admite ciegamente los consejos de su improvisado padrino, y promete cumplirlos con toda fidelidad. Cervantes, en este momento, humilla a su héroe, le deja en ridículo; el autor hebreo, por el contrario, analiza el aspecto positivo de la situación, y admira el hecho de que el hidalgo, a la burla del mundo, corresponda con gratitud y magnanimidad. La confianza ciega en la Providencia, los valores humanos y caballerescos del personaje, su religiosidad y la incomprensión de los que le rodean, dan a la obra de Bialik un matiz especial distinto de la obra castellana, cuyo autor está siempre dispuesto a ridiculizar a su protagonista; mientras que el hebreo, por el contrario, sale continuamente en defensa del personaje a quien tanto quiere.

El segundo gran personaje que figura en escena es el escudero Sancho. D. Quijote, recordando los consejos del ventero, buscó un labrador para que le sirviera de escudero, le ofreció sueldos elevados, riqueza y honores sin número, dominios y una isla en propiedad; tanto insistió, que Sancho dejó mujer e hijos y se marchó con el caballero.

Cervantes nos dice que Sancho era hombre de bien, pero

de muy poca sal en la mollera. A propósito de esta afirmación, comenta Unamuno que sus donaires y agudezas muestran lo contrario a lo largo de la obra. Sin sal en la mollera no se puede ser hombre de bien, de ahí que ningún majadero sea bueno; Sancho era bueno y sacrificado, era como el complemento de D. Quijote, "para hablar, mejor dicho, para pensar en voz alta y sin rebozo, para oírse a sí mismo y para oír el rechazo vivo de su voz en el mundo. Sancho fue un coro, la humanidad entera toda para él y en cabeza de Sancho, ama a la humanidad toda".⁶

Algo parecido opina Bialik, aunque, en cierto modo, se muestra parco con Sancho y renuncia en muchas ocasiones a enriquecer los pasajes en que aparece con algunas de sus sugerencias psicológicas. Le presenta, no obstante, como un hombre, en principio optimista y tentado por las promesas de su amo, que, posteriormente, va evolucionando hasta llegar a una actitud más quijotesca que la del mismo caballero. El que un hombre cuerdo, calculador, cargado de familia, se embarque en una aventura absurda, es más quijotesco que el que un loco obre de acuerdo con su mundo íntimo y ajeno a la realidad creado por él y tan sólo para él.

Sancho es absorbido rápidamente por el entusiasmo del caballero; la convicción de D. Quijote, su fe ciega, la conciencia segura de su valer y de su misión sobrenatural, es algo que contagia y arrastra; por eso Sancho, al ser su escudero, se transforma, adquiere confianza en sí mismo y no duda ni por un instante que llegará a ser rey o emperador. Ambos se complementan, se ayudan; son dos mundos que se contagian, y su misma diversidad los lleva al equilibrio: D. Quijote salió al mundo para huir de los hombres, para evitar el choque con el mundo real, lo cual hubiera tenido consecuencias fatídicas para el hidalgo; pero ahí tenemos a Sancho para remediar y completar ese vacío, para enseñar a su señor la picaresca, el mundillo sucio de la humanidad, para llevarle provisiones a fin de que el caballero, demasiado abstraído y soñador, vién-

⁶ Unamuno, M.: *Vida de D. Quijote y Sancho*, ed. Espasa Calpe, col. "Austral", Madrid, s. a.

dole comer a él, vuelva de vez en cuando a la realidad y sustente su cuerpo y su espíritu para que su brazo pueda esgrimir la lanza contra los gigantes y los bandidos.

Sancho no es avaro, no lo quiere todo para él; piensa en su familia, y su mayor deseo sería verlos a todos felices; su actitud es de magnanimidad, no de avaricia. La caracterización de Sancho tiene más plasticidad en la versión de Bialik que en la obra original; para él Sancho es un santo que renuncia a todo, libera a su amo de todas las promesas que le había hecho antes el hidalgo y queda ligado a su señor únicamente por amor a él; lo que D. Quijote disponga será aceptado por el escudero, porque le juzga inteligente, y ello es garantía de que sabrá buscarle lo más adecuado para sus fuerzas y posibilidades. El caballero todo lo fía a la Providencia, y Sancho no es más que su prolongación.

Conclusión

Es un hecho innegable que la versión de Bialik se desvía mucho de la noción exacta de lo que debe ser una traducción corriente, pues suprime muchas cosas, añade, cambia, adapta, fuerza, falsea, etc. Bialik no es un simple traductor que realiza una labor mecánica donde no hay otro mérito que el dominio de las lenguas. El autor hebreo es un genio que enriquece, perfecciona, lima, crea sin proponérselo, produce algo nuevo, propio, original, inconfundible, más sencillo, más penetrante, de una fuerza psicológica extraordinaria. Cada rasgo de su pluma nos ofrece algo grande, genial, con el sello de Bialik que se manifiesta todo en cada una de sus producciones.

La versión abreviada del Quijote es encantadora, está llena de reflexiones morales, y es, por otra parte, una exhibición de pasajes bíblicos con bellísimos símiles de ambiente oriental. Se trata realmente de un Quijote nuevo, con los rasgos inconfundibles del autor hebreo, poeta de una sensibilidad máxima, psicólogo profundo, hombre religioso, que despojó a la obra espa-

ñola de todo su ropaje para presentarnos una novela más descarnada, más transparente, más humana y compasiva.

A los genios no se les puede encasillar en unas reglas determinadas, y Bialik no se resigna a ser un simple traductor. Tal vez sin darse cuenta, como todo genio, crea, proyecta su mundo riquísimo, y nos va invadiendo con su fuerza arrolladora.

Juan Pérez Rodríguez
Encarnación Varela Moreno